

SERMON VIGÉSIMO QUINTO.

De la caridad de fraternidad producida en el alma por la doctrina católica.

La doctrina católica es la única que ha producido y que produce la caridad del apostolado, según he probado en mi último Sermon. Y ahora añado, que ella sola produce la caridad de fraternidad. La fraternidad es la repartición recíproca del corazón, del trabajo y de los bienes; y me parece, Señores, que esta virtud debería producirse en nosotros por una fuente tan sencilla y tan natural como nuestra vida. Porque, en fin, ¿qué somos nosotros? ¿No somos miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre, y de una sola casa? En vano querremos destruir las páginas de nuestra genealogía; todos sin excepción salimos del mismo lugar, y mientras se fabrica el orgullo fuera del género humano ilustres y especiales antigüedades, la sangre de Adán nos habla más alto que todos los títulos, y nos echa en tierra á los pies de nuestro patriarca como á los pies de nuestro Dios. No obstante, á pesar de esta evidente comunidad de origen y esta fraternidad que ha puesto la naturaleza entre nosotros, ¿qué espectáculo nos presenta la historia, si la consideramos fuera de la doctrina católica? Razas infinitas, familias que se separan cuanto les es posible unas de otras, por el rango, el poder y la tradición: hombres duros para curar el mundo y tratando á la tierra, no como patrimonio real de todos, sino como patrimonio privilegiado de los más fuertes, de los más hábiles, de los más felices; por todas partes la guerra, los zelos, la expoliación, la elevación del menor número, y la miseria del mayor.

No obstante, Señores, no sucede lo mismo con la fraternidad que con la humildad, la castidad y el apostolado. El mundo que rechaza estas virtudes aun después de la revelación, no rechaza igualmente á aquella: muchos la aprecian hoy, aun fuera de la doctrina católica, y si hay un sueño acariciado por las almas elevadas, si hay una idea que conmueva la opinión, que inspire bellas

páginas y consacre grandes trabajos, es seguramente la idea de la fraternidad. Mientras el mundo insulta á la humildad como á una virtud que le importuna, mientras rechaza á la castidad como un intolerable peso, y acrimina al apostolado como una invasión de la verdad ó de lo que se da como tal, la fraternidad tiene en su seno amigos ardientes y generosos, que exageran aun sus derechos, que se engañan sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de todo el movimiento de la humanidad. El espectáculo á que os convidamos, será más instructivo y curioso. Grato será ver al mundo prosiguiendo el mismo pensamiento que nosotros, impotente para realizarlo, á pesar de sus esfuerzos, y á la doctrina católica tocando cada día su objeto ó fin fraternal por la simple expansión de su palabra y su común eficacia.

En el año 680 de Roma, bajo el consulado de Marco Terencio Varrón Luculo, y de Cayo Casio Varo, hallábanse reunidos al pie del monte Vesubio, y enfrente del mar de Nápoles, doscientos ó trescientos hombres. Llevaban en sí los rasgos de nuestra común dignidad, y no obstante, no era necesario mirarles mucho tiempo para descubrir también en todo su ser rasgos sobrado sensibles de una cruel degradación. En medio de un silencio general, se levantó uno de ellos, y les dirigió este discurso: « Queridos y desgraciados compañeros de infortunio, hemos resuelto soportar hasta el extremo las injurias de la suerte que nos ha cabido. La humanidad no existe para nosotros, despreciados del mundo, aprisionados desde nuestros primeros años por la mano de hierro del destino, solo hemos servido hasta ahora para recrear á nuestros señores con bárbaros espectáculos, ó para dar pábulo con nuestros trabajos á su fausto, á su molición y á sus deleites. Es cierto que nos hemos fugado, que somos libres; pero ya sabéis que esta libertad no es aun más que la servidumbre; todo el imperio, toda la tierra está contra nosotros: no tenemos amigos, ni patria, ni asilo. Pero ¿necesitamos otros amigos, otra patria, otro asilo que nosotros mismos? Consideremos quién somos, y contémonos primeramente. ¿No somos el mayor número? ¿Quiénes son nuestros señores? Un puñado de patricios cuyas casas poblamos, que no respiran sino porque nosotros no tenemos valor para poner la mano en su pecho para sofocarlos. Y si esto es así, si tenemos la fuerza del mayor número, si casi toda la humanidad es esclava de una horda que goza de todo y de todo abusa, ¿qué es lo que nos impide levantarnos, tender por una vez

nuestros brazos al mundo, y demandar á los dioses que decidan entre nosotros y nuestros opresores? No solamente tenemos el número, tenemos tambien la inteligencia: muchos de nosotros han enseñado á sus señores ó enseñan á sus hijos las letras humanas: nosotros sabemos qué es lo que ellos saben, y su saber lo han recibido de nosotros; nosotros somos sus gramáticos, sus filósofos, y los que les han enseñado esa elocuencia que llevan al foro para oprimir á todo el universo. En fin, tenemos mas que el número y la inteligencia; ¡tenemos el derecho! porque ¿quién nos ha hecho esclavos? ¿Quién ha decidido que no éramos iguales suyos? ¿Dónde está el título de nuestra servidumbre y de su soberanía? Si es la guerra, nosotros tambien la hacemos: ensayemos una vez el destino, y merezcamos con nuestro valor que ella se pronuncie por nosotros. » Habiendo dicho esto, Spartaco tendió la mano al cielo y al mar; su ademan acabó sus palabras; la multitud que le habia escuchado se levantó, conociendo que tenia un capitan, y ocho dias despues, cuarenta mil esclavos formados en batalla hacian volver las espaldas á los generales romanos, removian completamente la Italia, y se veian, como Anibal, en disposicion de mirar como vencedores las humaredas de Roma.

No obstante fueron vencidos, á pesar de su número y de su valor, y Pompeyo, que fué á poner el sello á su derrota, no tuvo mas que escribir algunas líneas al Senado para noticiarle que estos viles esclavos, que fueron por un momento su terror, habian vuelto á entrar en su legítima nulidad.

Tal era el estado del mundo algunos años antes de la venida de Jesucristo. Una gran parte de la humanidad no tenia patria, ni familia, ni derechos; estaba inscrita en la ley bajo la rúbrica de las cosas y no de los hombres. Tratábasela como una raza de animales mas inteligentes, mas fuertes que las bestias, pero que no tenian otra distincion sobre ellos, que el ser mas aptos para una servidumbre mas provechosa. Podria para mi tesis limitarme al hecho, y decir: Hé aquí lo que el hombre hizo del hombre en cuatro mil años; hé aquí dónde estaba antes de Jesucristo la fraternidad. Pero no será inútil que despues de haber visto el hecho busquemos la causa, para comprender mejor la grandeza y la dificultad de la revolucion operada bajo este respecto por la doctrina católica.

Es, pues, Señores, ya que quereis saber la causa de la servidumbre, es que el hombre no ama al hombre, porque el hombre no ama el trabajo, porque el hombre no ama la particion de sus

bienes, porque el hombre, en fin, no ama naturalmente nada de lo que constituye la fraternidad.

El hombre no ama al hombre; porque el amor, este encanto inexplicable que nos inclina á un objeto y nos impele, menos que á darnos á él, á fundirnos en él; el amor, esta maravilla la mas incomprendible de nuestra naturaleza, en la que pasamos toda nuestra vida, hasta que hemos desesperado de nosotros bastante para no intentar realizar su misterio; el amor no tiene mas que una causa pura, causa rara y pasajera en la humanidad. Quisiera callar su nombre, y me acuso hasta cierto punto de nombrarlo en esta cátedra; pero me es imposible dejar de pronunciarlo. El amor no tiene mas que una causa, y esta causa es la belleza. Colóquese el hombre en presencia de una naturaleza en que resplandezca este don terrible, y á menos que se halle cubierto con un escudo divino, sentirá sus golpes. Por rebelde, por orgulloso que sea, irá como un niño á inclinarse á los piés de esto que ha visto y que le ha subyugado con una mirada, con un cabello de su cuello, *in uno crine colli sui*, como dice admirablemente la Escritura. Pero esta belleza, causa única del amor, es rara y transitoria en nosotros. No pertenece mas que á un reducido número, y los seres que se hallan mas dotados de ella solo gozan un momento de su corona. Adorados un dia de su vida, sienten bien pronto la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores huyen á medida que descienden los años, y algunas veces no son necesarios los años. El corazon, cautivado violentamente, se suelta con rapidez, y de experiencia en experiencia llegan estos seres, á quienes se ha querido tanto, á no poseer de sí mismos y de los otros mas que las reliquias de un sueño.

La belleza, que es la fuente del amor, lo es tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos de nosotros tan rico y tan raro presente.

Si tal es la causa del amor, ¿cómo será amada la humanidad? Dejando aparte el pequeño número que posee esta causa y con tantas imperfecciones, ¿qué es lo demás? ¿Qué ve el hombre á su alrededor? Hombres, no solamente desprovistos de la gracia y de la majestad de su naturaleza, sino tambien desfigurados por el trabajo, envilecidos por males sin cuento, en quienes nada mas descubre la vista que una especie de máquina que se mueve. Y si del cuerpo se penetra hasta el alma, se revelan en ella la miseria y la vergüenza bajo aspectos mas profundos, que ni aun inspiran la compasion

bastante para no ser despreciados. El orgullo sin causa, la ambición, el egoísmo, el odio, la voluptuosidad, todos los vicios se disputan este semblante interior del hombre y aspiran á deshonrarle. ¿Qué resta, pues, del amor? ¿En qué rasgo de belleza se fijará ese hombre para amar al hombre y partir fraternalmente con él las penas del trabajo y la alegría de sus bienes?

El hombre no ama el trabajo. Ama solamente una actividad que lisonjee el orgullo y engañe el tedio. Pascal lo ha observado. Un hombre, viene á decir, se juzga desdichado porque le arroja una desgracia en un palacio magnífico, donde rodeado de toda clase de goces y de distinciones, no le falta mas que una multitud de pretendientes y de importunos que le impidan pensar en sí. Esto es cierto: amamos la actividad, pero una actividad cómoda y honrosa, que, segun la expresion de Mad. Staël, añade interés al descanso, y nos da sin fatiga la satisfaccion de tener y remover los hilos de este mundo. Es la actividad perezosa del mando la que nos seduce; pero luego que hay fatiga real del espíritu ó del cuerpo, tratamos de echarla sobre los otros en cuanto nos es posible. El trabajo es una pena: fué impuesto al hombre cuando Dios le arrojó del paraíso terrenal con esta sentencia: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro*: rechazando el trabajo, no hacemos mas que rechazar un castigo, y para aceptarlo, cuando no falta el amor, no necesitamos menos que toda la fuerza de la necesidad. Ahora bien, el hombre no tiene amor al hombre, y el horror del trabajo, combinado con su necesidad, le inspira sin cesar la idea y la tentacion de la servidumbre para otro. ¡Cuán lejos se halla de la fraternidad, que es la reparticion recíproca del corazón, del trabajo y de los bienes!

¿Podrá creerse que llegando el hombre á cierto grado de riqueza y saciado con lo superfluo no experimentará pena alguna en dar lo que es inútil aun al lujo mas superabundante? Esto es un error. El hombre nada da voluntariamente. Cuando no sabe qué hacer con su dinero, compra tierras que lo producen. Careciendo de posteridad, ó reducido á sobrinos á quienes detesta, compra tierras; y si faltan tierras á su ardor de poseerlas, sepulta en profundas arcas este oro doblemente inútil, dándose algunas veces el placer de contemplarlo, de contarle, y de saber con cuántos escudos se ha aumentado su felicidad. ¿Qué gozo hay en esto? Vosotros y yo lo ignoramos igualmente, porque nadie aprecia mas pasiones que aquellas de que uno mismo ha sido víctima. El pobre no comprende el estado del hombre rico, que quiere mas sepultar su tesoro que darlo; pero ello es así.

Sucede tambien que el rico se fastidia de serlo, que no puede ya mas con su fortuna, que se apodera de él un inmenso disgusto: parece que podría abrirse una nueva cuna de goces librando de la miseria á una familia arruinada, casando á jóvenes pobres que se aman lealmente. Ni aun tendría necesidad de buscar la desgracia; la misma desgracia subiría sus escaleras: á cada cuarto de hora las sube sin que se la espere, y llama, y lleva á ese miserable rico un bien que no conoce. Pero la saciedad llevada hasta el dolor, ni aun muestra al hombre el secreto de desprenderse de ella. Él juzga que el honor de ser mas rico que nadie merece bien ser comprado por el sufrimiento. Pero ya he dicho que no comprendemos nosotros nada de esto, aunque todo ello sea y nos revele un tercer origen de la servidumbre sustituida en el mundo antiguo á la fraternidad.

En efecto, si el hombre no ama al hombre, si odia el trabajo, y aborrece toda reparticion de sus bienes, ¿quién no ve al fin de estas disposiciones de su alma, como una consecuencia inevitable, el establecimiento de la servidumbre? ¿Por qué no he de abusar de la fuerza contra el hombre á quien desprecio, para sujetarle á un trabajo de que yo me libro, y que satisface á un tiempo mi fortuna y mi orgullo? ¿Por qué no he de reunir el mayor número de hombres posible, con el menor precio posible, á la satisfaccion de todos mis sentidos? ¿Por qué no he de tener, si puedo, como en la India, criados que ahuyenten de mi semblante los insectos importunos, otros que me lleven en palanquines, otros que me tengan dispuesto un vaso de agua cuando yo tenga sed, y otros que me hagan compañía y que me honren? Tal vez no se me presente ocasion de sujetar á mis semejantes; pero ¿cuándo ha faltado la ocasion en el mundo á los opresores? Hallándose una vez dentro del corazón del hombre las causas de la servidumbre, ¿quién se opondrá á ellas? ¿Dónde estará el punto de apoyo de los débiles contra los fuertes? ¿Quién hablará al hombre, si el hombre le desprecia? Por un efecto de falta de amor y de la pasión para engrandecerse, se formará necesariamente generaciones desheredadas; estas generaciones se agitarán, darán miedo á los dichosos del mundo; será preciso crear una fuerza que les quite la idea de rebelarse, y que permita al egoísmo un sueño tranquilo. ¿Qué medio mas natural de reducirlos á una servidumbre que los envilezca á sus propios ojos, y no les permita ni aun soñar en revindicarse?

No son estas, Señores, quiméricas interpretaciones de los sentimientos del hombre. Dios permitió que subsistiese la servidumbre

hasta ahora para revelaros sin cesar á vosotros mismos lo que sois fuera de la caridad que procede de él. Hubierais podido creer que amabais la humanidad por vosotros mismos, y que bastaba la filantropía para el establecimiento de la fraternidad universal. Dios ha cuidado de desengañaros. Que descendan europeos, franceses, algunos grados de latitud, y se trasladen bajo un sol mas cálido, y espirará su filantropía á las puertas de una fábrica de azúcar. Luego que se hagan poseedores de esclavos, descubrirán las razones mas poderosas del mundo en favor de la servidumbre; las mismas que decia poco há, la necesidad del trabajo, la imposibilidad de realizarlo por sí mismos, el deber de enriquecerse, la inferioridad de la raza esclavizada. Iráse lejos á buscar esta raza privilegiada, y si no se aproxima bastante á la bestia, se cuidará, maltratándola y privándola de educacion, de ponerla al nivel de la bajeza y del embrutecimiento apetecible, para que todos la juzguen incapaz é indigna de la libertad. Hé aquí al hombre, Señores, y los obstáculos que debia hallar en él la doctrina católica para el establecimiento de la fraternidad. Veamos cómo ha hecho para ser la mas fuerte, para triunfar.

Cuando Jesucristo quiso fundar el apostolado, pronunció esta palabra: *Id y enseñad á todas las naciones*. Pero le costó mas fundar la fraternidad. Refirióse á ella muchas veces, y sentó tres famosos textos.

Yo os doy, dijo una vez, *yo os doy un mandamiento nuevo, y es que os améis unos á otros, así como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviereis caridad entre vosotros* (1). Observad en primer lugar, Señores, esta expresion: *Os doy un mandamiento nuevo*. Jesucristo no la ha usado mas que en esta ocasion, al menos de una manera tan expresa. La humildad, la castidad, el apostolado, aunque cosas nuevas, lo eran menos no obstante que este precepto: *Amaos unos á otros*. Y Jesucristo añade que este será el signo por el que se conocerán sus discípulos, no porque no sean tambien la humildad, la castidad, el apostolado signos muy evidentes y muy ciertos de la profesion cristiana, sino porque la caridad es el océano donde comienzan y donde terminan todas las virtudes. La caridad es la que hace humilde, casto, apóstol; es el principio y el fin, y por consiguiente el signo capital de la transfiguracion del alma.

Haced otra observacion, Señores: al aparecer la doctrina católica

(1) S. Juan, cap. 13, vers. 34 y 35.

en el mundo, no dice como Spartaco: *Lévantaos, armaos, reivindicad vuestros derechos: sino que dice con calma y sencillez: Amaos unos á otros*; si hay alguno de vosotros que se queje de no ser amado, que ame el primero; el amor produce el amor. Cuando se amen dos, y se haya visto la alegría de su corazon, vendrá otro que deseará ser amado tambien, dando su amor, y despues de este, otro. Lo que os falta no es un derecho, sino una virtud. Ahora bien, ninguna ley puede daros una virtud, ninguna victoria creáosla. Spartaco hubiera vencido, el mundo hubiera sido al dia siguiente lo que era el dia anterior; los esclavos se hubieran hecho señores, los señores esclavos, y aun cuando todos estos fueran victoriosos, embriagados con los despojos de Roma, se hubieran degollado unos á otros en nombre de la fraternidad. No nace una virtud en los campos de batalla; el alma es la única tierra donde la siembra y la recoge Dios. ¿Qué haceis cuando falta á vuestra industria una planta necesaria ó deseada? La buscáis lejos bajo el sol que la madura; la sembráis y la cultiváis con tanto mas cuidado, cuanto que el sol á quien la confiáis no es su sol natal. ¡Ah! Señores, la generacion de la virtud no difiere de esta: no se diferencia de ella sino en que es inútil ir tan lejos á buscarla: el reino de Dios está dentro de vosotros: la tierra es vuestra alma, y la semilla acabáis de recibirla en estas palabras: *Amaos unos á otros*.

Está tambien en esta otra expresion: *Si alguno de vosotros quiera ser el primero, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir* (1). Os quejáis de ser esclavos; no sabéis lo que decís: esclavo es quien sirve á pesar suyo; servid de propia voluntad, y desaparecerá la esclavitud. Se os ha dicho que la mayor desgracia y el mayor oprobio es la esclavitud; y yo os digo: Haced de la servidumbre un acto de amor; lo que era ignominia será gloria, lo que era esclavitud llegará á ser adhesion, lo que era la última cosa llegará á ser la primera, lo que era el colmo del infortunio llegará á ser el éxtasis. ¿No sabéis que nada hay mas dulce que amarse? Y cuando se ama se da, cuando se da se sirve, y cuando se sirve por amor se goza de la felicidad. Servid pues amando, ¿y qué os faltará? Es cierto que se ha invertido el orden, porque el amor precede al servicio, y aquí ha precedido el servicio al amor. Pero ¿qué os importa? Restableced el orden amando; con tal que

(1) S. Mateo, cap. 20, vers. 29, 27 y 28.